

J. M. CRUZET

Barcelona, 18 d'abril de 1955

Sr. V. Caldés Arús

CIUTAT

Distingit amic:

Com en anys anteriors, ens plaurà rebre la seva tradicional visita a la Casa del Llibre, el proper dissabte, 23 del corrent, Dia del Llibre.

Seguint també la nostra costum, ens permetem ressenyar en el full adjunt les darreres novetats catalanes més destacades amb el bon desig de contribuir a elevar l'estadística de les seves vendes.

Com es desprèn de la llista que s'acompanya, s'ha fet un considerable esforç editorial per a posar a l'abast del nostre públic les últimes produccions de les lletres catalanes -en els seus diversos gèneres- que demostren la seva vital actualitat i vàlua, agraint per endavant, tant el favor que vostè pot dispensa'ls-hi, com la recomanació que pugui fer-ne als seus amics

El saluda molt cordialment, el seu afectíssim,

Reiterant-li la seva satisfacció per haver editat el llibre -tan excel·lent- del seu fill -al que desitjo l'èxit qu'es mereix.

Nota:

De 6 a 8 de la tarda, celebrarem en el nostre saló de tertúlies -de tant prestigi intel·lectual- una reunió d'autors i una sessió radiofònica dedicada, especialment, als guanyadors dels Premis literaris que es trobin aquest dia a Barcelona.

Película de las votaciones

UNA apología, a manera de prólogo. Todos los años, por esa época empieza el ciclo de los grandes premios literarios; y, también, con ellos, la protesta de los disconformes con esa institución que, si no es de hoy, actualmente va tomando cada vez nuevos y mayores vuelos. Todos los años leemos en la Prensa, o debemos escuchar de algún amigo aficionado a las letras, y las artes los mismos tópicos que el año pasado o que el año siguiente, contra los premios, según ellos, funestos y contraproducentes. A sus quejas y sombríos presagios, responden las palabras empleadas por André Billy en el último número del «Figaro litteraire», a propósito del Goncourt, padre espiritual de los premios literarios:

«...Los premios aseguran a la literatura una inmensa publicidad... (si se suprimen), la noción de literatura se borrará del espíritu de personas (las de nuestro tiempo), solicitadas de cien maneras diversas... los premios literarios crean una emulación, que me niego a creer nefasta. Suscitan vocaciones que a menudo se revelan auténticas y que, sin ellos, las dificultades y riesgos de la profesión descorazonarían».

Entre los premios literarios que se conceden en nuestra ciudad, es ya tradicional el que convoca todos los años por Santa Lucia a un numeroso público para escuchar el veredicto, después de haber seguido las incidencias de las votaciones, de los jurados que deciden las competiciones del premio de biografía «Aedos», en lengua castellana, del «Aedos», en lengua catalana; el «Joanot Martorell», novela catalana, el «Victor Catalá», de cuentos y el de poesía «Ossa Menor». La ceremonia, siguiendo un ritual en camino de volverse una tradición de esa clase de instituciones, consiste en una cena, a la que asisten las personas amantes de las letras y algunos concursantes —suponemos de buen apetito y poco emotivos—, a la que siguen los que vienen a café, para seguir, junto con los anteriores, las incidencias de la votación y aplaudir a los premiados.

Este año la simpática y bri-

llante fiesta se ha celebrado en los salones del Colón, delante de la Catedral y su escalinata, escondida por las paradas de la feria de Santa Lucia, que, dormidas en la obscuridad, tenían el aire de un pueblecillo algo

presidencial; en ella, una vez instalados los ocupantes de las mesitas, se fueron situando los miembros de los diversos jurados, que salieron de una puerta lateral, en fila india, como los jugadores de una especie de

discutir, con la clarividencia y la cordialidad de las sobremesas, los méritos respectivos de las obras presentadas a la competición literaria. Mientras tanto, nosotros, los profanos, continuábamos nuestras charlas y los de la «hora del café» iban fluyendo en el local...

Un altavoz, reclama silencio, y nos comunica la primera votación del premio «Aedos», de lengua catalana. Luego se encierra en el mutismo, que rompe al cabo de tres minutos, para hablarnos de otro premio; luego otra vuelta del primero; luego otro premio; y, así sucesivamente, al ritmo de cada tres minutos, nos vamos enterando de las disputadas vueltas. Alguien empieza a formular pronósticos: «aca» el premio de biografía catalana: es concedido a «Verntallat, capdill dels remences», autor, don Joaquín Camps Arboix. Grandes aplausos del público, que todavía serían mayores si supiesen que el autor de aquella apología del gran remença, o payés revolucionario del siglo XV, es propietario rural. El señor Camps Arboix, nos anuncian, se pondrá al micrófono. Escuchamos un burbujeo amable entre el locutor y el del premio. No se entiende lo que dicen, pero la música de las palabras suena a satisfacción: tampoco se entienden los demás premiados, que son llamados al micrófono; pero también sus voces tienen inflexiones de simpatía.

El premio «Aedos», de biografía en castellano es concedido a «Bajeza y grandeza de Dostoiewski» de Antonio J. Onieva. Así, de pronto, sorprende que un pampónés haya escogido un tema tan exótico. Pero al instante, don José María Cruzet nos hace caer del burro. El señor Onieva, hace años, viajó exprofeso por Rusia y Polonia, siguiendo el rastro del gran novelista ruso, y, allí conoció personalmente a una hija de Dostoiewski.

El premio «Joanot Martorell», corresponde a Manuel de Pedrolo, por su novela «Estrictament personal»; el «Victor Catalá», a Pedro Calders, «Veritat oculta», y el «Ossa Menor», a Jorge Sarsanedas, por su libro poesías «La Rambla de les flors».

Y se disuelve, lentamente, la reunión; los asistentes forman corrillos; allí los saludos, reverencias y comentarios; en un ángulo del «hall», detrás de una mesa, Del Arco, muy serio, con cara de juez implacable «confiesa» a diversos ganadores y miembros del jurado: éstos se fijan y pesan sus palabras, como los examinados y los reos; Del Arco exige, exige...

Suenan horas en la Catedral; en la calle, las brigadas municipales, con mangas de riego encharolan la calzada y empiezan el aseo cotidiano de la ciudad de Barcelona.

R. LL.



Retrato de Jordi Sarsanedas, por su esposa Nuria Picas

arbitrario, por el estilo de los que vemos en los belenes. El sitio no podía ser más ambientado ni amable.

A las diez en punto, puede decirse que toda la elegante, nutrida, y dispuesta a nutrir su cuerpo y espíritu, concurrencia se había instalado en multitud de pequeñas mesas, encabezadas por la solemne barrera de

fútbol; si no que más pausados y con un ceño de responsabilidad y preocupación muy del caso. Con ellos se sentaron los señores de Cruzet, el señor Pedreira y don Arturo Llorens Opisso, que representaban a las editoriales «Aedos», «Selecta», «Ossa Menor» y «Aymá»; doña María Borrás de Cruzet, ocupó la presidencia, teniendo a su derecha a Carlos Riba, y a su izquierda el Director del Archivo de la Corona de Aragón, don Ernesto Martínez Ferrando, y, seguidamente comenzó la primera parte de la fiesta, o sea la cena, que transcurrió en medio de un amable bullir de voces, producto de las animadas conversaciones que se cruzaban entre las bellas representantes del sexo bello y los cultos representantes del feo que llenaban la sala. En medio de ese amable barullo, a la hora del café, casi inadvertidos, los deliberantes, a hurtadillas, se deslizaron fuera del comedor, para

REVISTA

16-XII-54